(Chap.) 14

Cuadernos Internacionales

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 16

LA INFLACIÓN y sus graves efectos económicos

POR

ELEMER HANTOS

La Concentración de la Producción y los Monopolios

por

LENIN

BIBLIOTECA NACIONAL CHILENA CHILE

b18036

Santiago: 60 Centavos

Provincias: 80 Centavos

Próximo Número:

CUADERNO N.º 17

El Plan Quinquenal y los Caracteres de la Economía Soviética

"Nada es más simple en este mundo que la industrialización de un país. En su odio injustificado a la Unión Soviética, los economistas oficiales olvidan que han atribuído, como causa de la crisis económica actual de superproducción, la industrialización demasiado rápida o intensiva de los nuevos Estados nacidos de la guerra: Lituania, Estonia, Finlandia, Checoeslovaquia, Rumania, y aún la misma Albania. Eso significa que industrializar un país en una decena de años es posible y que una industrialización forzada, querida, de gran envergadura, preparada con grandes medios, es cosa relativamente fácil en un período más breve."

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

La inflación y sus graves efectos económicos

Por HELEMER HANTOS

El desorden monetario de la Europa Central, desde el principio de la guerra, y en mayor escala aún desde el fin de la guerra, debe atribuirse, en primer lugar, a una creación inmoderada de dinero, a un aumento arbitrario de la circulación fiduciaria. Una inflación gigantesca, como la historia no había conocido aún, es la triste herencia de la Guerra Mundial en los pueblos de la Europa Central. La política monetaria de la Rusia de los Soviets, que tendía conscientemente a la destrucción del dinero, a la supresión del sistema capitalista, no ha llegado todavía a una depreciación monetaria tan considerable como la depreciación del marco en Alemania. La Alemania ha establecido, en el dominio de la multiplicación y de la depreciación del papel moneda, un record mundial que no será probablemente jamás batido.

En relación a la emisión ilimitada de billetes no reembolsables, es la Polonia quien viene después de Alemania; el Austria ocupa el tercer lugar. La curva de inflación y de depreciación de la moneda húngara ocupa el centro, entre las siete divisas de la Europa Central; la Yugoeslavia y la Rumania oscilan desde mucho tiempo entre los dos extremos de la multiplicación y de la limitación monetaria, entre la inflación y la desinflación. Sólo la política monetaria de la Checoeslovaquia ha tendido netamente a evitar toda inflación y alcanza en realidad este fin, gracias a sacrificios económicos considerables.

Durante diez años, la Europa Central se ha hundido cada vez más profundamente sobre la pendiente resbaladiza del cambio, hasta regiones donde su alta civilización desaparece y donde comienza el reino de la muerte económica.

¿Cómo ha podido caer tan bajo? ¿Cómo, los dos siste-

mas monetarios de la Europa Central, el reichsmark y la corona austro-húngara, tan sólidas al principio de la guerra, y que pasaban comunmente por modelos, han podido envilecerse hasta ese punto? La respuesta a esta cuestión resume toda la historia política y económica de 1914-1924.

Toda la historia económica: porque la moneda no es sólo un elemento de la economía pública y privada, sino su condición primera y el postulado de todo desenvolvimiento económico. La historia política: porque las monedas de la Europa Central, con excepción del marco alemán, son monedas políticas que no han salido orgánicamente del desenvolvimiento natural de la economía nacional, sino que han sido creadas por el sic jubeo de los Tratados de paz. Además, el mismo marco alemán histórico puede considerarse como una moneda política en el sentido de que la relación entre la moneda y la política ha tenido a menudo para él consecuencias más considerables que la relación entre la moneda y la economía nacional. La suerte del marco alemán dependía, en gran parte, de circunstancias de preponderancia política, y por esta razón, no podía casi ser prevista y evitada en una mayor medida que los sucesos políticos mismos. La intimidad de las relaciones económicas de la Alemania y los otros países de la Europa Central ha tenido por consecuencia que, después de la conclusión del Tratado de paz, las divisas de los nuevos Estados hayan evolucionado paralelamente a la divisa alemana. Hasta principios de la ocupación del Ruhr, el 11 de Enero de 1923, el curso del reichsmark ha reflejado la situación económica y monetaria de la Europa Central, expresando la esperanza, la vacilación y el temor. Entre las nuevas monedas del territorio de la Europa Central, sólo la divisa Praga ha podido emanciparse del hundimiento de todas las otras monedas y, en particular, de la moneda alemana. Mucho tiempo, el curso de la corona checoeslovaca ha variado paralelamente con el curso del marco. Después de la gran debácle de la divisa alemana, en Noviembre de 1921, la corona checoeslovaca se ha liberado de esta dependencia y ha seguido su vida propia hacia el saneamiento. El desenvolvimiento político de esos diez años refleja igualmente las numerosas fluctuaciones y el envilecimiento constante de los cambios de la Europa Central y demuestra que **el curso de la moneda es, al fin de cuentas, un problema político.**

Cronológicamente, el principio de la Guerra abre el período fatal del envilecimiento de la moneda. Las Potencias Centrales han entrado en guerra haciendo la inflación, han sostenido la guerra, en parte, gracias a la inflación, y si la debâcle económica no ha precedido a la debâcle militar, hay que atribuirlo, en buena, a la inflación. El pacto financiero celebrado entre el Estado y los Bancos de emisión no es un fenómeno especial de la Europa Central. Todos los países beligerantes, entre ellos Inglaterra, el país clásico del capitalismo, han puesto **sus Bancos de emisión al servicio de su política financiera de la guerra.** La inflación provocada por la guerra es un fenómeno elemental, un producto típico de la guerra.

El mundo ha mostrado una cierta comprensión del estado de constreñimiento en que se encontraban los beligerantes. Esta comprensión se manifiesta en el hecho que las dos divisas de la Europa Central, aún después de la derrota, se cotizaron muy por encima de su valor intrínseco correspondiente al volumen exacto de la inflación.

El marco alemán, en la época del armisticio, no había perdido sino un poco más de la cuarta parte, y la corona austro-húngara un poco menos de los dos tercios de su valor a la par. Sin duda, los grandes éxitos militares de las Potencias Centrales han contribuído, en cierta manera, a mantener esta depreciación relativamente débil de sus monedas durante la guerra, así como la espera de una detención de la inflación inmediatamente de terminada ésta.

La debâcle propiamente dicha de la moneda no comienza sino después del fin de la guerra. En efecto, lo mismo que la guerra, **la paz fué "financiada" por medio de la inflación.** En parte, directamente, como fué el caso en Alemania y en Hungría, para los pagos a título de reparaciones; pero sobre todo indirectamente, para mantener la situación nueva que acababa de crearse.

La derrota de las Potencias Centrales ha provocado en todos los Estados interesados un movimiento revolucionario, y es un hecho histórico que **las revoluciones han conducido siempre a la inflación.** Como las diferentes administraciones militares de la Europa Central beligerante, las clases y las categorías de ciudadanos llegadas al poder en la Europa Central revolucionaria y post-revolucionaria, han sabido darle

fuerza a sus nuevas reivindicaciones, comportándose de manera que el Estado tenga, de todos modos, los medios de consumir la plata a manos llenas, y no pueda, por esta razón, rechazar sus exigencias.

La agravación seria de la situación, inmediatamente después de la guerra, no debe, sin embargo, atribuirse solamente a los efectos inflacionistas del movimiento revolucionario, sino que más bien a una política de paz poco sabia, que no ha sabido o no ha osado abordar el problema monetario por **el lado económico.** Los autores de la hora de la paz pensaban, al atacar la monarquía, echar los fundamentos de una nueva Confederación Danubiana; pero, en el hecho, se limitaron a trazar fronteras arbitrarias y la unidad económica, condición esencial de toda aproximación, fué destruída. Sólo esta falta completa de previsión explica el reemplazo de los dos sistemas monetarios de la Europa Central por una docena de monedas diferentes. Los Tratados de paz de Saint-Germain (Art. 206) y de Trianon (Art. 189) estipulaban que los Estados nacidos del desmembramiento de la monarquía austro-húngara debían inutilizar los billetes del Banco Austro-Húngaro retenidos en sus territorios respectivos y reemplazarlos por su propia moneda o por una moneda nueva. Así fué como se crearon seis nuevas monedas en lugar de la **unidad monetaria** que regía desde 1816. La miseria y los sufrimientos de la Europa Central encontraron su expresión en la multiplicidad, las fluctuaciones y la depreciación de sus monedas.

La multiplicidad de las monedas en circulación ha provocado, al principio, el mayor desórden, una verdadera Babel monetaria. La vida económica se transformó en una Bolsa; cada cual estaba obligado a establecer sus cálculos en tres o cuatro monedas diferentes, y los cálculos más serios del día se revelaban al siguiente como especulaciones audaces. Paralelamente a la multiplicidad de las monedas, las fluctuaciones perpetuas de los cambios hacían, en esos últimos años, del comercio internacional, un verdadero juego de azar. Pero, más que la multiplicidad de las monedas y sus fluctuaciones, la depreciación cada vez más grande de la plata ha sido un golpe terrible para la economía nacional y la causa principal del empobrecimiento general.

La inflación que, durante la guerra, no provenía sino de

dos fuentes y no servía sino para fines que significaban la vida o la muerte para el Estado, se ha puesto, después de la guerra, a derivarse de toda una serie de fuentes de crédito y a inundar toda la vida política y económica de la Europa Central. Un proceso de inflación único en la historia comienza. Ha significado el hambre para amplias capas de población, ha abierto un período de trastornos sociales para el Estado y provocado la catástrofe completa de la economía pública y privada.

El sólo consuelo que nos queda es que esta cruel enseñanza hará titubear en el porvenir ante la inflación. Además, hemos sido tan completamente instruídos sobre **la naturaleza, el desenvolvimiento y los efectos de la inflación,** que está permitido considerar este capítulo de la historia del problema monetario como definitivamente explorado. Las lecciones del pasado no deben desvanecerse sin dejar huella. Deben servir para obstruir el pasaje a una nueva inflación.

* * *

La nosografía de esta epidemia de inflación que ha durado de 1914 - 1924, permite establecer un diagnóstico que puede calificarse desde ese día como resultado adquirido. La tesis que se desprende de ese estudio definitivo son aproximadamente las siguientes:

La inflación es **una creación inmoderada** de dinero, un aumento arbitrario de la circulación fiduciaria, que no se justifica ni por la intensificación de la producción, ni por la intensificación de los cambios.

El principal motor de la inflación es **la voluntad del Estado para provocarla.** El caso más habitual es la necesidad de hacer frente a los gastos de guerra.

En verdad, ningún Estado ha pagado exclusivamente la guerra por medio de la inflación. Sin embargo, la emisión de los empréstitos de guerra, en las proporciones enormes en que se ha practicado, no era posible sino asegurando a los suscriptores la facultad de obtener del Banco Central de Emisión, en condiciones liberales, todos los avances de que tenían necesidad para esta suscripción.

La inflación no ha cesado con la guerra; al contrario, ha tomado proporciones más considerables aún después de ella.

La inflación del período de post-guerra difiere de la precedente, no sólo por **el volumen,** sino que aún por **su naturaleza** y por **sus efectos.**

La inflación del período de la guerra está al servicio de las **funciones más esenciales** del Estado. La inflación del período de post-guerra no es a menudo sino un medio de hacer frente a **necesidades económicas privadas.**

La inflación del tiempo de guerra tiene un origen **objetivo,** la de la post-guerra es más bien de naturaleza **personal.** Durante la guerra, la nueva afluencia de plata aumenta sobre todo la demanda para todo lo que es abastecimiento en natura; **abastecimiento según las necesidades,** tal es la palabra de orden de las autoridades militares que proceden a las requisas. En el período de post-guerra, la palabra de orden es **salario según las necesidades;** el salario en especies debe (independientemente de su valor) ser apropiado a las necesidades. Establecido este orden de sucesión, es bastante natural que los efectos de la inflación, en regla general, se manifiesten primero sobre las **precios de las mercaderías,** y solamente más tarde sobre el **precio del trabajo,** es decir, sobre los sueldos y los salarios.

En el período de guerra, el curso de las divisas y precio de las mercaderías suben paralelamente a la multiplicación de los signos monetarios. En el período de post-guerra, al contrario, los precios de las divisas y de las mercaderías aumentan mucho más rápidamente y mucho más fuertemente que los signos monetarios. Este fenómeno se explica por **la rapidez extraordinaria** con la cual esta plata pasa de mano en mano, y por la **la introducción sucesiva de moneda extranjera** en la circulación.

En una época de inflación continua, cada uno se esfuerza en transformar inmediatamente en mercaderías o en divisas la plata que recibe, lo que produce una demanda excesiva. El empleo, siempre más general, de la moneda oro como unidad de cuenta, arrastra el ajuste de los precios al nivel del mercado internacional.

Cuando el pequeño comercio, a su vez, rehuye aceptar una moneda que se funde entre sus manos como la nieve, el proceso de inflación ha alcanzado su punto culminante: el Estado se ve obligado a proceder a **una transformación de su moneda,** como la Alemania lo ha hecho, creando el "marco

renta"; la Hungría, la "corona de ahorro"; la Polonia, el "zloty". La detención definitiva de la inflación es sólo cuestión de poco tiempo.

Se pueden distinguir tres períodos en el largo proceso de depreciación que se adhiere indisolublemente a la inflación. En **el primero,** que abarca desde el principio de la guerra al Otoño de 1920 y comprende alrededor de seis años, la depreciación de la plata se manifiesta más fuertemente en los precios inferiores que en el curso de la moneda nacional sobre los mercados extranjeros. **El poder de compra de la plata es más elevado en el exterior que en el interior.** En el **segundo** período, que para el Austria y la Polonia va hasta mediados de 1922, para Alemania y la Hungría hasta mediados de 1923, la depreciación de la moneda nacional, en relación a las divisas extranjeras, es mayor. **El poder de compra de la plata es más elevado en el interior que en el exterior.** En fin, en la última fase se establece el equilibrio: **el poder de compra es igual en el interior y en el exterior.**

Psicológicamente, esta evolución se explica por el hecho que, durante el primer período, el extranjero tiene aún confianza en la moneda del país en cuestión, mientras que los habitantes del país empiezan a recelar. En todos los países, uno se muestra más pesimista con respecto a la moneda nacional, porque puede observar más de cerca los vicios y las dificultades de la situación.

La desconfianza de la población, referente a la moneda nacional, es una de las causas del envilecimiento de la moneda: fenómeno psicológico que es provocado y explotado por los **"buitres de la economía nacional".**

El segundo período se caracteriza por la actitud pesimista del extranjero y el tercero por la metamorfósis profunda de la psicología inflacionista.

La diferencia de apreciación en el interior y en el extranjero, la disparidad entre el poder de compra en el interior y en el exterior se manifiesta en su forma más sensible en los **cambios comerciales.** El valor superior atribuído por el extranjero a la moneda nacional, durante el primer período, hace que sea ventajoso aprovisionarse de mercaderías en los países extranjeros. Después, el funesto derrumbe de la divisa nacional sobre los mercados extranjeros, permite a la industria nacional exportar una mayor cantidad de sus productos.

Pero una exportación excesiva de los bienes reales, que son las mercaderías, puede contribuir también al agotamiento completo del país. Durante la última fase, se asiste a un cambio general y precipitado de la plata contra bienes reales. Indígenas y extranjeros tratan de desprenderse de una moneda dudosa para adquirir bienes tangibles, de un valor cierto: si ya no se los encuentra, se coloca en la Bolsa esta plata sospechosa y embarazosa, en parte de valores reales, en acciones. Una **inflación de acciones** se desenvuelve paralelamente a la inflación de los billetes de banco, y la impresión de acciones vigila a que el excedente de la impresión de billetes encuentre siempre una salida.

A medida que la depreciación de la moneda aumenta, **el rol y los efectos de la inflación** cambian tanto en la economía pública como en la economía privada.

En materia de economía pública, hacer la inflación significa: establecer contribuciones. **La máquina impresora de billetes impone contribuciones a todos los que poseen billetes de Banco o una fortuna en especies, haciendo subir los precios y depreciando la plata por emisiones continuas.** El rol de este impuesto sobre el dinero es modesto al principio, el Estado hace todavía frente a la mayor parte de sus necesidades por medio de sus rentas de explotación, de los impuestos y de los empréstitos. Más tarde, el Estado trata de detener la inflación por los impuestos sobre la fortuna, sobre el comercio y los transportes, sobre el consumo; pero, por una parte, estos ingresos se cobran demasiado tarde para poder remediar seriamente la situación, y por otra, una parte de las cargas que resultan son sacadas de las mercaderías cuyos precios se alzan en consecuencia; de manera que estos impuestos, a fin de cuentas, contribuyen más bien a dar mayor auge a la inflación que a restringirla.

Cuando las entradas fiscales son impotentes para restablecer la situación, el Estado se ve obligado a recurrir **a la política monetaria de la inflación** para procurarse recursos. En Alemania, en el primer semestre de 1923, 83%, y en el segundo semestre, más del 90% de las necesidades del Estado se han cubierto por medio de la máquina impresora de billetes. En Polonia, durante el primer semestre de 1923, la inflación ha sido de 2 trillones, en número redondo, contra 2,9 trillones de entradas normales. El producto total de los

impuestos, sea 1,4 trillón, no bastaba siquiera para cubrir los gastos militares.

Pero el Estado no sólo vive de la máquina impresora de billetes; es también **el que obtiene mayor provecho de la inflación.** A medida que la moneda se deprecia, las deudas del Estado, sus compromisos presentes se desvanecen. Una inmensa **confiscación de capitales** se opera. Y aún es posible que la fortuna positiva del Estado aumente efectivamente con el debilitamiento del capital privado. Es así como la inflación ha permitido a la Alemania y a la Polonia volver a poner en buenas condiciones sus ferrocarriles, sus servicios postales y telegráficos, sus vías de comunicaciones y sus edificios públicos. Por otro lado, el anonadamiento de la deuda pública y el aumento de la fortuna nacional del Estado son pagados muy caros por el quebrantamiento del crédito del Estado, la destrucción del sentido del ahorro y el debilitamiento de la economía privada.

Sin embargo, las finanzas públicas no son el único factor que merezca tomarse en cuenta desde el punto de vista de la inflación. **El aumento del volumen de dinero puesto en circulación responde a dos necesidades: la obligación de hacer frente al déficit presupuestario y la obligación de satisfacer a las demandas de crédito de los particulares,** sirviéndose, para este efecto de la máquina impresora de billetes.

A la inflación pública se agrega una enorme inflación privada. Mientras que la tasa del dinero sobre el mercado libre alcanzaba 100% por año y más, los institutos de emisión de la Europa Central continuaban aplicando tasas de descuento del 6 al 12% por año. Se mantenía una tasa tan baja para incitar a pedir prestado a todos los que pensaban reembolsar las sumas avanzadas con una moneda envilecida. La mayor parte de los Bancos de emisión han satisfecho demandas considerables y provocado, por este hecho, una nueva inflación. En ninguna parte se ha practicado el descuento de una manera tan amplia como en Hungría, donde los avances concedidos a los particulares durante tres años, sobrepasaron casi siempre, de manera sensible, la cifra de los avances acordados al Estado. El 31 de Mayo de 1924, para un total de billetes en circulación inferior a 2,5 trillones, más de 1,4 trillón se habían emitido para las necesidades de los particulares. Se ha tratado a menudo de oponer la inflación "pro-

ductiva" destinada a satisfacer las demandas de créditos de los particulares, a la inflación "improductiva", destinada a satisfacer las necesidades del Estado. Las experiencias han demostrado que la inflación provocada por una concesión exagerada de créditos a los particulares, produce las mismas consecuencias desastrosas que la inflación de los avances concedidos al Estado.

* * *

Estas consecuencias se hacen sentir en todas las fases del proceso económico: dañan la producción, la repartición de las rentas, la formación de los capitales y el consumo.

Es en el dominio de la producción que la superstición de los efectos bienhechores de la inflación se mantienen más largo tiempo. De hecho, la intención de la inflación es para estimular la producción, para desarrollar el espíritu de empresa, pero estas ventajas son de corta duración y no benefician sino al individuo. La depreciación de la moneda permite incontestablemente hacer concurrencia a lo extranjero en condiciones favorables; pero esta ventaja no dura sino tanto tiempo como los gastos de fabricación, y principalmente los salarios y los sueldos no aumenten paralelamente a la depreciación del dinero. A medida que el conjunto de los fenómenos económicos se ajusta a esta depreciación, la diferencia entre los gastos de fabricación y los beneficios realizados por la venta del producto terminado va disminuyendo progresivamente, y la acción estimulante de la inflación sobre la producción cesa poco a poco. Cuando la producción reposa sobre una extensión de los créditos de Banco, hecha posible por una creación arbitraria de los signos monetarios, constituye lo más a menudo una producción anti-económica, que puede muy bien permitir a individuos realizar pasajeramente grandes beneficios, pero que arruina la economía nacional en la misma proporción.

Por otra parte, por el modo de repartición de la renta que ella lleva tras de sí, la inflación trastorna el edificio social y la relación existente entre grandes capitalistas, clase media y obreros manuales. Los grandes capitalistas logran siempre conservar la mayor parte de su fortuna adquirida.

Por el contrario, la clase media, en su conjunto, se encuentra expulsada de la situación económica que ocupaba en

otro tiempo. El rendimiento real, por lo demás siempre decreciente, del sistema inflacionistas de producción va en su mayor parte al capital y en pequeña porción a los obreros manuales, que obtienen esta ilusoria participación por medio de intensas presiones sociales. En cuanto a los que no participan directamente en el proceso material de la producción, y principalmente los trabajadores intelectuales, les está vedado aún la más modesta existencia.

Otra consecuencia de la inflación es **el descenso del tren de vida, la reducción general de los consumos.** La inflación es una creación hipertrofiada de signos monetarios, a la cual no corresponde ninguna creación de bienes nuevos. Es—para emplear una comparación muy conocida—como si intrusos hubieran venido a sentarse a una mesa puesta para un número determinado de personas. La parte de cada uno se encuentra reducida. El lado serio (grotesco) de la situación resulta del hecho que, de un lado, una proporción considerable de la población muere positivamente de hambre y que, de otro, este consumo aún restringido constituye un super consumo, al cual no es posible hacer frente (como se dice) sino por medio de la indemnidad de carestía de vida, de precio máximo, de aumentos perpetuos de salarios, en resumen, artificialmente, por medio de la máquina impresora de billetes.

La depreciación de la plata es de la misma manera particularmente peligrosa para **la formación de capitales.** La ola de la inflación se lleva el capital acumulado por generaciones activas y económicas que han trabajado como las abejas, acumulando su miel. La inflación ha dejado en la miseria más injusta y más negra a los que, en razón de su edad o de su incapacidad para trabajar, no tenían otras rentas que las de sus economías y no se encontraban en condiciones de hacer frente a las necesidades más esenciales de la vida.

La depreciación de la plata ha destruído todas las fortunas que no estaban colocadas en valores reales y hecho imposible toda reconstitución de las fortunas depreciadas, porque las rentas no se ajustaban a la depreciación de la plata y no dejaban excedente para la formación de nuevas fortunas.

Por otra parte, la depreciación de las fortunas colocadas bajo forma de acciones en el curso de estos últimos años

(1914-1924), muestra que esta depreciación no se detiene tampoco ante los valores llamados reales.

El inflacionismo ha establecido dos máximas peligrosas, a saber: **que es absurdo economizar y que el deudor puede vivir del capital de su acreedor.**

El sistema capitalista en vigor hasta aquí reposaba sobre el instinto de ahorro, sobre la santidad de los contratos y sobre la inviolabilidad de la propiedad. La inflación, al contrario, está fundada sobre una transvaluación de los instintos económicos de ahorro y de especulación, sobre una inversión de los roles entre el deudor y el acreedor. El sentido del ahorro fué destruído, el derroche y la especulación recompensados, la economía castigada. El acreedor es lesionado por su deudor, el proveedor por su cliente.

El inflacionismo olvida que la cuestión monetaria es una cuestión moral, y que las relaciones económicas y la sociedad no pueden subsistir fuera de toda moral.

En resumen, la inflación ha precipitado a la Europa Central en una catástrofe única en la historia por su extensión y sus efectos. La debácle general que la ha seguido de cerca ha tomado proporciones y formes tales que ningún teórico, ni ningún profeta impetuoso habrían podido imaginarla más formidables. Las generaciones futuras tendrán dificultad en creer que la inflación haya podido practicarse hasta tal punto, sin que la voz de la fría razón que calcula haya podido hacerse entender.

En verdad, las advertencias no han faltado, la Conferencia financiera de Bruselas había puesto, desde el mes de Octubre de 1920, a la cabeza de sus resoluciones, este postulado: "La inflación debe cesar inmediatamente y en todas partes." En buen número de Estados se ha practicado una política de aventruz, y, en lugar de curar el mal, se ha dedicado a hacer desaparecer los síntomas. Se ha tratado de evitar el trastorno de la organización económica, no renunciando a los métodos inflacionistas, sino, al contrario, redoblando y multiplicando la inflación.

*
* *

Por lo demás, ha terminado, como deben terminar todas las grandes ilusiones. **Desde la primavera de 1924, la máquina impresora de billetes ha dejado de funcionar en toda la**

Europa Central. El Estado, autor principal de la inflación, fué despojado de este recurso automáticamente, y los diferentes Bancos de emisión insertaron en sus estatutos numerosas disposiciones destinadas a hacer cesar la inflación de los créditos, muy poco menos peligrosa que la otra.

Entre los Estados de fuerte inflación de la Europa Central, el Austria fué la primera en estabilizar su moneda. Esta estabilización tuvo lugar en Otoño de 1922, la máquina impresora de billetes fué detenida el 18 de Noviembre de 1922. Algunos meses más tarde, se fijó definitivamente la relación entre la corona y el dólar y se fundó el Banco Nacional de Austria. El nuevo Banco inició sus operaciones el 2 de Enero de 1923. La ley sobre el shilling, que se votó a fines de 1924, creaba una nueva unidad monetaria, el "shilling", equivalente a 10.000 coronas y con un valor de 0,21172086 gramo de oro fino.

En el 15 de Noviembre de 1923, la creación del Rentenbank puso fin a la actividad de la máquina impresora de billetes en Alemania. El descuento de los Bonos del Tesoro del Reich por el Reichsbank, que abrió el camino a la inflección y floreció hasta los cuatrillones, se hizo imposible. Pero, para alcanzar este resultado, era necesario, naturalmente, como en Austria, y más tarde en Hungría, disponer del crédito para equilibrar el presupuesto durante el período de transición.

Mientras que el Austria y la Hungría pudieron, gracias al apoyo de la Sociedad de las Naciones, procurarse crédito en el extranjero, el Reich alemán se vió obligado a tomarlo sobre sus propios fondos, bajo la forma de una deuda hipotecaria (Rentenschuld). El Reich obtuvo de esta manera un crédito de 1.200 millones de marcos-renta (rentenmark). Un crédito del mismo monto se puso igualmente a disposición de los particulares.

La estabilización monetaria fué seguida, al principio de 1924, de una crisis de crédito muy seria. Para aliviar la situación de la industria y del comercio de exportación, un nuevo establecimiento de crédito, el Banco de Descuento-oro alemán, se abrió el 7 de Abril de 1924. Las leyes del 30 de Agosto de 1924 preveían la reorganización del Reichsbank, la liquidación del Banco de Descuento-oro y la liquidación de los billetes del Rentenbank en circulación. Todos los billetes del Rentenbank deben ser retirados de la circulación y

reembolsados en moneda legal por el Reichsbank en un período que no debe sobrepasar de diez años, a partir del momento en que se puso en vigor la ley de liquidación.

En Polonia, la impresión de los billetes de Bancos se detuvo el 28 de Abril de 1924, a consecuencia de la apertura del Banco de Polonia. Por los decretos del 20 de Enero y 23 de Abril de 1924, el zloty fué introducido como nueva unidad monetaria.

En Hungría, se puede observar, desde Marzo de 1924, los primeros prodromos de una estabilización, y parece establecerse el 24 de Junio de 1924, después de la apertura del Banco Nacional de Hungría y la diferencia del procedimiento adoptado en Alemania, en Austria y en Polonia, países que comenzaron la estabilización de sus monedas sobre la base del dólar, la Hungría no había adoptado ninguna política definitiva, a propósito del nivel de estabilización hasta fines de Julio de 1924, cuando el Banco nacional se comprometió a mantener la tasa de la corona húngara en relación con la libra. Una ley de 1925 establece el curso de un nuevo régimen monetario para el 1.º de Enero de 1927. La nueva unidad monetaria húngara, el "pengœ", representa 12.500 coronas papel, equivalente a 0,2631 gr. de oro fino.

En el momento de la estabilización, un trillón de marcos papel tenía, en Alemania, el valor de un marco de antes de la guerra. En Polonia, el coeficiente de depreciación se elevaba a 1.800.000; en Austria y en Hungría, de 16 a 17.000 veces la unidad de antes de la guerra.

Todos los Estados, para curar, han debido someterse primero a una operación quirúrgica: la detención de la máquina impresora de billetes; se encuentran, actualmente, en vía de convalescencia, en este período que se llama generalmente: la crisis de estabilización. (Julio de 1926).

Sólo la Checoeslovaquia, que se había abstenido de la inflación y que había atravesado la primera crisis de saneamiento, puede considerarse hoy como definitivamente curada. **El dinar yugoeslavo** ha alcanzado igualmente, en Julio de 1925, un curso (9 fr. 15 suizos por 100 dinar) que no ha cambiado desde un año. El solo país de la Europa Central cuya divisa no se ha estabilizado todavía, es la **Rumania**, y ahora, en estos últimos tiempos, el **leu** ha sufrido fuertes fluctuaciones.

El fatalismo que ha reinado durante años con respecto a la depreciación de la moneda, ha desaparecido. La Europa Central se ha empeñado en **la vía de una política monetaria activa,** y está firmemente resuelta a evitar, aún al precio de los mayores sacrificios, el calvario de una nueva depreciación monetaria. Los países de la Europa Central están lejos todavía de haber terminado su convalescencia. Reina en todas partes una cierta atmósfera de inflación. A decir verdad, se pone coto al peligro de una recaída en la fabricación de plata, en Alemania, limitando los créditos, en Austria y en Hungría por medio de créditos extranjeros. Pero, todas estas medidas no cambian gran cosa al hecho que los créditos son rentas adquiridas sin trabajo, y que **la masa de los medios de pagos emitidos en virtud de estos créditos no es función de la productibilidad económica del país.**

El peligro de una nueva inflación en la economía privada no está tampoco completamente alejado. Para retrotraer el aumento de los medios de pago a las vías normales, para absorber el poder de compra excedente, es absolutamente necesario que la población aprenda de nuevo a economizar. Porque la plata y el crédito no pueden sacarse sino de las reservas acumuladas por el trabajo y el ahorro. **Pero será necesario mucho tiempo para que la población, tan duramente desengañada, vuelva a tener confianza para ahorrar.**

No es posible suprimir el peligro de una nueva inflación de créditos, sino recurriendo al duro método de las restricciones de créditos. El Reichsbank alemán ha evitado el peligro de una nueva inflación privada, decidiendo que no acordaría ningún crédito más allá del monto alcanzado el 7 de Abril de 1924, restricción facilitada en el mes de Septiembre por un aumento del interés de 10% para los créditos. La determinación exacta de los límites entre la concesión legítima de créditos y la emisión legítima de nuevos medios de pago, por una parte, y la inflación monetaria, por otra, es la tarea más importante de las direcciones de los bancos de emisión en los países de la Europa Central. Para sanear la moneda, la primera condición es **de restringir a lo estrictamente necesario la emisión de los medios de pago.**

* * *

Todo saneamiento debe comenzar por el saneamiento de la moneda. Está permitido afirmar, sin temor de engañarse, que la tarea más urgente y más importante de la política económica consiste en mantener una moneda sana. Se discutía hace algunos años sobre la cuestión si el presupuesto del Estado o los intereses económicos particulares debían tener la primacía. Es evidente, hoy día, que hay que comenzar por **sanear la moneda,** para **sanear las finanzas,** y no soñar sino después en **la economía privada.** Si no es imposible llevar estas tres reformas de frente, este orden, por lo menos, no debe invertirse jamás.

Un Estado puede luchar durante años con déficit, sin que su moneda sufra. Pero, ningún Estado cuya moneda se deprecia puede escapar a los déficit perpetuos. Es lo mismo en lo que concierne a la producción. Un país donde el valor de la moneda está expuesto diariamente a fluctuaciones, todo aumento de la producción es imposible, porque, para aumentar la producción, es indispensable poder disponer de capitales, que no pueden ser creados sino por el trabajo y por el ahorro. La primacía en la gran obra de saneamiento no pertenece, pues, a la producción, ni al equilibrio del presupuesto, en los países cuya moneda ha perdido su función primordial y no puede servir más de medida de valor.

El Austria, la Alemania, la Polonia y la Hungría han procedido, pues, en el orden conveniente al comenzar la obra de saneamiento por la reconstitución de una moneda estable. Es cierto que hay distancia de una moneda estable a la reforma monetaria definitiva. Esta última no parecerá asegurada sino cuando las monedas nacionales, habiendo sido reconstituídas sobre bases nuevas, una organización monetaria internacional de los Estados de la Europa Central haya sido creada. Porque es muy inverosímil que en este territorio "balkánico" de la Europa Central, todo cruzado de fronteras políticas y aduaneras, uno u otro de los pequeños o medianos Estados logren crear una moneda particular estable. Los territorios económicos de estos nuevos Estados son demasiado pequeños, demasiado dependientes los unos de los otros, para poder conservar a la larga una moneda aislada de las otras. La dislocación de la unidad monetaria de la monarquía austro-húngara en seis monedas diferentes, es un acto de violencia que se explica desde el punto de vista político.

pero que no podría justificarse por razones económicas.

La evolución normal conduce en todas partes a la asociación y no a la dislocación. Sería desconocer todas las leyes económicas y sociales, querer realizar, en cada uno de los Estados nacidos del desmembramiento de la monarquía austro-húngara la reforma monetaria definitiva, sin tomar en cuenta a los otros Estados. Si se quiere realizar el equilibrio económico en la Europa Central, las nuevas fronteras deben ser aplanadas por una unión económica tan estrecha como sea posible de las diferentes unidades políticas. Algunos esperan estos resultados del **libre cambio** entre todos los Estados de este territorio, otros de la **unificación de los transportes**, otros aún, de la constitución de una **confederación danubiana**. Para mí, el problema de la moneda es la llave de la situación en la Europa Central. La conclusión de una convención monetaria entre los seis Estados nacidos del desmembramiento de la antigua monarquía sería la vía más directa para llegar a un resultado satisfactorio. Suministraría a la moneda una base de 1.250.000 kilómetros cuadrados, poblada con 90.000.000 de almas, le aseguraría un campo de acción más vasto que el de la antigua monarquía, y abrazaría la mayor parte de la Europa Central.

La creación de una comunidad monetaria de la Europa Central se encuèntra aún hoy día dificultada por la ausencia de amistad política entre estos Estados económicamente solidarios. Existe otra dificultad en el hecho que los tratados de paz de Saint Germain y Trianon han colocado casi la mitad de la antigua monarquía en la esfera de influencia de la **civilización oriental**, y hecho por eso muy difícil la formación, a breve plazo, en estos países de un sistema monetario que responda a los postulados esenciales del capitalismo moderno.

Por el contrario, existen circunstancias favorables para una aproximación. Los nuevos bancos de emisión de la Europa Central, los bancos nacionales austriacos, polacos y húngaros han sido edificados sobre las mismas bases; sus estatutos son casi literalmente idénticos. Estas bases homogéneas en las diferentes monedas podrán facilitar en una gran medida la realización de la obra en cuestión.

Para suprimir en todo lo posible las causas de roces políticos, y para tener una justa cuenta de los intereses económi-

cos particulares, yo he propuesto, en la formación de un **cartel de los bancos de emisión,** una solución que armoniza las ventajas de una moneda común con el principio celosamente defendido de la soberanía financiera de los nuevos Estados y con la diversidad de su estructura económica. Una comunidad monetaria tal, con **bancos de emisión independientes** en los diferentes Estados, podría dar origen, aún conservando las fronteras aduaneras actuales, a una unión económica más estrecha que la que resultaría de una unión aduanera, si las monedas quedaran diferentes.

La iniciativa de esta **unión monetaria** debe ser tomada por los Estados cuyo cambio es elevado, porque tienen necesidad, para desenvolver su producción, que la capacidad de compra de los otros países aumente, ellos tienen interés en el mantenimiento del sistema político de la Europa Central. Es necesario que se reconozca que todas las tentativas de estabilización, los empréstitos extranjeros y la reglamentación del comercio de las divisas, no pueden tener sino una influencia pasajera sobre la vida económica tanto tiempo como no se restablezca, de cualquiera manera, la armonía monetaria que, por su naturaleza, debe ser occidente-oriental, es decir, **Europea Central,** y que los sucesos políticos han barrido. No se llegará a esto sino creando, después de la consolidación de las diferentes monedas, una organización monetaria internacional de la Europa Central. La comunidad monetaria ha sido, durante más de un siglo, un elemento esencial de la cultura de la Europa Central, y, sin el restablecimiento de esta comunidad, la Europa Central convaleciente no podrá recobrar jamás enteramente la salud.

La Concentración de la Producción y los Monopolios

Por LENIN.

El incremento enorme de la industria y el rápido proceso de concentración de la producción en empresas cada vez más grandes, constituyen una de las particularidades más características del capitalismo. Las estadística industriales modernas suministran los datos más completos y exactos sobre este proceso.

En Alemania, por ejemplo, de cada mil empresas industriales, en 1882, tres eran empresas grandes, es decir, que contaban con más de 50 obreros; en 1895, seis y, en 1907, nueve. De cada cien obreros les correspondían, respectivamente, 22, 30 y 37. Pero la concentración de la producción es mucho más intensa que la de los obreros, pues el trabajo en las grandes empresas es mucho más productivo, como lo indican los datos relativos a las máquinas de vapor y a los motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el sentido amplio de la palabra, es decir, incluyendo el comercio, las vías de comunicación, etc., obtendremos el cuadro siguiente: Grandes empresas, 30.588 sobre un total de 3.265.623, es decir, el 0,9%. En ellas están empleados 5,7 millones sobre un total de 14,4 millones, es decir, el 39,5%; caballos de fuerza de vapor, 6,6 millones sobre 8,8, es decir, el 75,3%; fuerza eléctrica, 1,2 millones de kilowats sobre 1,5 millones, o sea, el 77,2%.

Menos de una centésima parte de los establecimientos tienen más de ¾ de la cantidad total de la fuerza de vapor y eléctrica. A los 2,97 millones de pequeñas empresas (hasta 5 obreros), que constituyen el 91% de todas las empresas, corresponde únicamente el 7% de la fuerza eléctrica y de vapor. Las decenas de miles de grandes empresas lo son todo; los millones de pequeñas empresas no son nada.

En 1907 había en Alemania 586 establecimientos que

contaban con mil obreros y más. A esos establecimientos co-
rrespondía casi la **décima parte** (1,38 millones) del número
total de obreros y casi el **tercio** (32%) del total de la fuerza
eléctrica y de vapor. El capital monetario y los Bancos,
como veremos, hacen todavía más aplastante este predom-
nio de un puñado de grandes empresas, y decimos aplastante
en el sentido textual de la palabra, es decir, que millones de
pequeños, medianos y aún una parte de los grandes "patro-
nos" se hallan de hecho completamente sometidos a unos
pocos centenares de financieros millonarios.

En otro país avanzado del capitalismo contemporáneo,
en los Estados Unidos de América, el incremento de la con-
centración de la producción es todavía más intenso. En este
país la estadística se refiere a la industria en la acepción es-
trecha de la palabra y agrupa a los establecimientos de
acuerdo con el valor de la producción anual. En 1904 había
1.900 grandes empresas (sobre 216.180, es decir, el 0,9%),
con una producción de 1 millón de dólares y más; en ellas
el número de obreros era de 1,4 millones (sobre 5,5 millones,
es decir, el 25,6%) y la producción de 5.600 millones (so-
bre 14.800 millones, o sea, el 38%). Cinco años después,
en 1909, las cifras correspondientes eran las siguientes: 3.060
establecimientos (sobre 268.491 — 1,1%) con dos millones
de obreros (sobre 6,6 millones — 30,5%) y 9.000 millones
de producción anual (sobre 20.700 millones — 43,8%).

¡Casi la mitad de la producción total de todas las empre-
sas del país en las manos de la **centésima parte** del número
total de empresas! Y esas 3 mil empresas gigantescas abrazan
268 ramas de la industria. De aquí se deduce claramente que
**la concentración al llegar a un grado determinado de desarro-
llo, se convierte en monopolio**, pues les es fácil a unas docenas
de empresas gigantescas ponerse de acuerdo entre sí, y, por
otra parte, la dificultad de la concurrencia, la tendencia al
monopolio, es precisamente una consecuencia de las propor-
ciones inmensas de la empresa. **Esta transformación de la
concurrencia en monopolio constituye en sí uno de los feno-
menos más importantes**—por no decir el más importante—
de la economía del capitalismo moderno, y es necesario que
nos detengamos a estudiarlo. Pero antes hay que eliminar un
equívoco posible.

La estadística norteamericana dice: 3.000 grandes em-

presas en 250 ramas de la industria. Al parecer, corresponden 12 establecimientos de grandes proporciones a cada rama de la producción.

Pero no es así. No hay grandes empresas en cada rama de la industria; por otra parte, **una particularidad extremadamente importante del capitalismo al llegar a su grado más elevado de desarrollo consiste en la llamada "combinación"**, es decir, en la reunión en una sola empresa de distintas ramas de la producción, que representan en sí los grados sucesivos de la elaboración de una materia prima (por ejemplo, la fundición del hierro de las minas y la transformación del hierro en acero y, en ciertos casos, la producción de tales o cuales productos del acero) o de distintas ramas que desempeñan recíprocamente un papel auxiliar (por ejemplo, elaboración de desperdicios o de productos accesorios, producción de artículos de embalaje, etc.)

"**La combinación**—dice Hilferding—**nivela la diferencia de las coyunturas y por esto garantiza a la empresa combinada una norma de beneficio más constante.** En segundo lugar, la combinación **determina la supresión del comercio.** En tercer lugar, **hace posible el perfeccionamiento técnico** y, por consiguiente, la percepción de un beneficio suplementario en comparación con las empresas "puras" (es decir, no combinadas). En cuarto lugar, **consolida la posición de la empresa combinada en comparación con la "pura"**, la refuerza en la lucha de concurrencia durante las fuertes depresiones (estancamiento de negocios, crisis), cuando la disminución del precio de la materia prima no se halla en relación con la disminución de los precios de los artículos fabricados."

El economista burgués alemán Heymann, que ha consagrado una obra especial a las empresas "mixtas" o combinadas en la industria siderúrgica alemana, dice: "Las empresas puras se arruinan aplastadas por el precio elevado de los materiales y el bajo precio de los artículos preparados..."

Resulta lo siguiente:

"Tenemos a grandes compañías hulleras, con una extracción de hulla que se cifra en millones de toneladas, que están sólidamente organizadas en su sindicato hullero y estrechamente ligadas con las grandes fundiciones de acero y su sindicato del ramo. Estas empresas gigantescas, con una producción de acero de 400.000 toneladas por año, con una extrac-

ción inmensa de mineral de hierro y de hulla, con la producción de artículos de acero, con 10.000 obreros que viven en los cuartelillos de las colonias obreras, que cuentan a veces con sus ferrocarriles y sus puertos propios, son los representantes típicos de la industria siderúrgica alemana. Y la concentración sigue avanzando sin cesar. Las empresas van ganando en importancia cada día; cada vez es mayor el número de establecimientos de una misma o de distintas ramas de la industria que se unen en empresas gigantescas a las cuales media docena de grandes bancos berlineses sirven de punto de apoyo y de dirección. En lo que se refiere a la industria minera alemana, ha sido demostrada con exactitud la doctrina de Karl Marx sobre la concentración; hay que decir, es verdad, que esto se aplica a un país en el cual la industria se halla defendida por derechos arancelarios proteccionistas y por las tarifas de transporte. La industria minera de Alemania está presta para la expropiación."

Ese concienzudo economista burgués se ve obligado, por excepción, a llegar a esta conclusión. Hay que observar que considera a Alemania como a un caso especial a consecuencia de la defensa de su industria por las tarifas arancelarias elevadas. Pero esta circunstancia podía únicamente acelerar la concentración y la constitución de asociaciones monopolistas patronales, carteles, sindicatos, etc. Es extraordinariamente importante hacer notar que en el país del comercio libre, en Inglaterra, la concentración conduce **también** al monopolio, aunque más tarde y acaso en otra forma. He aquí lo que escribe el profesor Hermann Levy, en su estudio especial sobre los monopolios, carteles y trusts, a propósito del desarrollo económico de la Gran Bretaña:

"En la Gran Bretaña, las grandes proporciones de las empresas y su nivel técnico elevado traen aparejada la tendencia al monopolio. Por una parte, la concentración ha determinado el empleo de enormes sumas de capital en las empresas; por esto las nuevas empresas se halla ante exigencias cada vez más elevadas en lo que concierne a la cuantía del capital necesario, y esta circunstancia dificulta su aparición. Por otra parte (y este punto lo consideramos como el más importante) cada nueva empresa que quiere alcanzar el nivel de las empresas gigantescas, creadas por la concentración, debe producir una cantidad tan enorme de productos que la

venta lucrativa de los mismos es posible sólo a condición de un aumento extraordinario de la demanda, pues, en caso contrario, esa abundancia de productos rebaja el precio de los mismos a un nivel desventajoso para la nueva fábrica y para las asociaciones monopolistas. En Inglaterra, las alianzas monopolistas de patronos, los cartels y trusts, surgen en la mayor parte de los casos—a diferencia de los países en que los aranceles proteccionistas facilitan la cartelización—únicamente cuando el número de las empresas concurrentes principales se reduce a un par de docenas... La influencia de la concentración en el nacimiento de los monopolios en la gran ndustria se manifiesta en este caso con una transparencia cristalina."

Medio siglo atrás, cuando Marx escribió "El Capital," la libre concurrencia era considerada por la mayor parte de los economistas como una "ley de la naturaleza". La ciencia oficial intentó aniquilar por la conspiración del silencio la obra de Marx, la cual demostraba, por medio del análisis teórico e histórico del capitalismo, que la libre concurrencia engendra la concentración de la producción, y que dicha concentración, en un grado determinado de su evolución, conduce al monopolio. Ahora el monopolio es un hecho. Los economistas escriben montañas de libros en los cuales describen manifestaciones particulares del monopolio y siguen declarando a coro que "el marxismo ha sido refutado". Pero los hechos "son una cosa obstinada"—como dice un refrán inglés—y, de grado o por fuerza, hay que tomarlos en cuenta. Los hechos muestran que las diferencias entre los países capitalistas, por ejemplo, en lo que se refiere al proteccionismo o al comercio libre, condicionan únicamente diferencias no esenciales en la forma de los monopolios o en el momento de su aparición, pero que el engendramiento del monopolio por la concentración de la producción es una ley general y fundamental de la etapa presente de evolución del capitalismo.

Por lo que se refiere a Europa, se puede fijar casi con exactitud el momento en que se produjo la substitución **definitiva** del viejo capitalismo por el nuevo: principios del siglo XX. En uno de los trabajos más recientes sobre la historia de la "formación de los monopolios", leemos:

"Se pueden citar algunos ejemplos de monopolios capitalistas de la época anterior a 1860; se pueden descubrir en

ellos los gérmenes de las formas que son tan habituales en la actualidad; pero esto constituye indiscutiblemente la época prehistórica de los cartels. Los verdaderos comienzos de los monopolios contemporáneos los hallamos no antes de 1860. El primer gran período de desarrollo del monopolio empieza con la depresión internacional de la industria en los años 1870 - 1880, y se prolonga hasta principios de la última década del siglo... Si se examina la cuestión en lo que se refiere a Europa, la libre concurrencia alcanza al extremo límite de desarrollo en los años 1860 - 1870. En aquel entonces, Inglaterra terminaba la edificación de su organización capitalista de viejo estilo. En Alemania, dicha organización entablaba una lucha decidida contra la producción artesana y casera y empezaba a crear sus formas de existencia...

"Empieza una transformación profunda con el "krac" de 1873, o, para decirlo mejor, con la depresión que le siguió y que—con una pausa apenas perceptible, a principios de los años 80, y un período de prosperidad extraordinaria, pero breve, hacia 1889—llena 22 años de la historia económica europea... Durante el breve período de prosperidad de 1889 - 1890, se echaba activamente mano de los **cartels** para aprovechar de la coyuntura. Una política irreflexiba elevaba los precios todavía con mayor rapidez y aún en mayores proporciones de lo que hubiera sucedido sin los **cartels**, y por este motivo casi todos esos **cartels** perecieron sin gloria. Transcurrieron otros cinco años de malos negocios y precios bajos, pero en la industria reinaba ya un estado de espíritu distinto del anterior: la depresión no era considerada ya como una cosa natural, sino sencillamente como una pausa ante una nueva coyuntura favorable.

"Y el movimiento de los **cartels** entró en su segunda época. En vez de ser un fenómeno pasajero, los **cartels** se convierten en una de las bases de toda la vida económica. conquistan una esfera de la industria tras de la otra, y, en primer lugar, la de la elaboración de materias primas. A principios del año 90, los **cartels** tomaron ya la forma de organización de sindicato del "coque", que sirvió de modelo al sindicato hullero, y crearon una técnica tal de los **cartels**, que no ha sido, en esencia, sobrepasada por el movimiento. El período de prosperidad de fines del siglo XIX y la crisis de 1900 a 1903 se desarrollan ya enteramente por primera vez

—a menos en lo que se refiere a las industrias minera y siderúrgica—bajo el signo de los **cartels**. Y si entonces esto parecía algo nuevo, ahora es evidente para todo el mundo que las grandes unidades de la vida económica han sido retiradas, por regla general, de la libre concurrencia."

Así, pues, las etapas fundamentales de la historia de los monopolios son las siguientes:

1). 1860 - 1870, extremo límite de desarrollo de la libre concurrencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles.

2). Después de la crisis de 1873, período de vasto desarrollo de los **cartels**, pero éstos constituyen aún una excepción, no son todavía sólidos, representan un fenómeno pasajero.

3). Período de prosperidad de fines del siglo XIX y crisis de 1900 - 1903; los **cartels** se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se transforma en imperialismo.

Los **cartels** se ponen de acuerdo entre sí respecto a las cuestiones de venta, a los plazos de pago, etc., se reparten las esferas de colocación de las mercancías, fijan la cantidad de productos a fabricar, establecen los precios, distribuyen los beneficios entre las distintas empresas, etc.

El número de **cartels** era en Alemania aproximadamente de 250 en 1896, y de 385 en 1905, con una participación en los mismos de cerca de 12.000 establecimientos. Pero todo el mundo reconoce que estas cifras son inferiores a la realidad. De los datos de la estadística de la industria alemana que hemos citados más arriba se deduce que esos 12.000 establecimientos concentran, según todas las probabilidades, más de la mitad del total de la fuerza eléctrica y de vapor.

En los Estados Unidos de América, el número de trusts era, en 1900, de 185; en 1907, de 250. La estadística norteamericana divide a todas las empresas industriales en empresas pertenecientes a particulares, a firmas y a corporaciones. A las últimas pertenecían en 1904 el 23,6%; en 1909, el 25,9%, es decir, más de la cuarta parte del número total de las empresas. En dichos establecimientos estaban ocupados, en 1904, el 70,6% de obreros; en 1909, el 75,6% (las tres cuartas partes del número total); la cuantía de la producción era, respectivamente, de 10.900 y 16.300 millones de dólares, o sea, el 73,7% y el 79% de la suma total.

En las manos de los **cartels** y **trusts** se concentran a menudo las siete o las ocho décimas partes de toda la producción de la rama de la industria dada: el sindicato hullero del Rhin y Westfalia, en el momento de su costitución, en 1893, concentraba el 86,7% de toda la próducción del carbón en aquella cuenca, y en 1910, el 95,4%.

El monopolio constituído en esta forma proporciona beneficios gigantescos y conduce a la creación de unidades técnicas de producción de proporciones inmensas. El famoso trust del petróleo de los Estados Unidos (Standard Oil Company) fué fundado en 1900. "Su capital era de 150 millones de dólares. Fueron emitidos 100 millones de acciones ordinarias y 106 millones de acciones privilegiadas. Estas últimas percibieron los dividendos siguientes: en el período 1900 - 1907: 48, 48, 45, 44, 36, 40, 40 ,40 %; en total, 367 millones de dólares. Desde 1882 a 1907, fueron percibidos 889 millones de dólares, de beneficio neto, de los cuales 606 millones fueron pagados en dividendos, y el resto pasó al capital de reserva." "En todas las empresas del trust del acero (United States Steel Corporation) estaban ocupados, en 1907, no menos de 210.180 obreros y empleados. El establecimiento más importante de la industria minera alemana, la Sociedad Minera de Gelzenkirchen (Gelzenkirchener Bergwerksgesellschaft) tenía, en 1908, 46.048 obreros y empleados." En 1902, el trust del acero producía ya 9 millones de toneladas de acero. Su producción constituía en 1901, el 66,3%, y en 1908, el 56,1% de toda la producción de acero de los Estados Unidos; la extracción de mineral de hierro, el 43,9% y el 46,3%, respectivamente.

El informe de la comisión gubernamental norteamericana de los trusts, dice:

"Su superioridad sobre sus concurrentes se basa en las grandes proporciones de sus establecimientos y en su prosperidad técnica. El trust del tabaco, desde el momento mismo de su fundación, consagró todos sus esfuerzos a substituir por doquier el trabajo a mano por el trabajo mecánico. Con este objeto adquirió todas las patentes que tenían una relación cualquiera con la elaboración del tabaco y empleó en ello enormes sumas. Muchas patentes resultaban al principio inservibles y tuvieron que ser modificadas por los ingenieros que se hallaban al servicio del trust. A fines de 1906 fueron constituídas dos sociedades filiales con el único objeto de

adquirir patentes. A este fin, el trust creó sus funciones, sus fábricas de máquinas y sus talleres propios de reparación. Uno de dichos establecimientos, en Brooklyn, ocupa, por término medio, a 300 obreros; en dicho establecimiento se realizan experimentos de los inventos destinados a la producción de cigarrillos, cigarros, tabaco rapé, papel de estaño para el embalaje, cajas, etc., y se perfeccionan los inventos."

"Hay otros trusts que tienen también a su servicio a los llamados **developping engineers** (ingenieros para el desarrollo de la técnica) cuya misión consiste en inventar nuevos procedimientos de producción y experimentar los perfeccionamientos técnicos. El trust del acero paga a sus ingenieros y obreros, premios importantes por los inventos susceptibles de elevar la técnica o reducir los gastos."

Del mismo modo está organizado todo cuanto se refiere a los perfeccionamientos técnicos en la gran industria alemana, por ejemplo, en la industria química, la cual se ha desarrollado en proporciones gigánteseas durante estas últimas décadas. El proceso de concentración de la producción creó ya en 1908 en dicha industria dos "grupos" principales, similares asimismo, a su manera, al monopolio. Al principio, esos grupos constituían dos "asociaciones dobles" de dos pares de grandes fábricas, con un capital de 20 a 21 millones de marcos cada una: de una parte, las ex-fábricas de Maister, en Hochste y Cassel, en Francfort del Maine; de otra parte, la fábrica de soda y anilina en Ludwingshafen y la ex-fábrica de Bayer, de Eldberfelde. En 1905, uno de los grupos, y en 1908 otro, se pusieron de acuerdo cada uno de ellos con una gran fábrica más, a consecuencia de lo cual resultaron dos "asociaciones triples" con un capital de 40 a 50 millones de marcos cada una, y entre esas asociaciones se inició ya una aproximación, se estipularon acuerdos sobre los precios, etc.

La concurrencia se convierte en monopolio. De ello resulta un gigantesco progreso de la socialización de la producción. Se efectúa en particular la socialización del proceso de inventos y perfeccionamientos técnicos.

Esto no tiene ya nada que ver con la antigua concurrencia de patronos dispersos que no se conocían entre sí y que producían para un mercado desconocido. La concentración ha llegado hasta tal punto que se puede hacer un cálculo aproximado de todas las fuentes de materias primas (por ejemplo,

de minas de hierro) en cada país, y aún, como veremos, en varios países, en todo el mundo. No sólo se lleva a cabo este cálculo, sino que asociaciones monopolistas gigantescas se apoderan de dichas fuentes. Se efectúa asimismo el cálculo aproximado de las proporciones del mercado que se "reparten" entre sí, según el acuerdo estipulado, las asociaciones mencionadas. Se monopoliza la mano de obra calificada, se toman los mejores ingenieros, y las vías y los medios de comunicación—las líneas ferroviarias en América, las compañías navieras en Europa y América— van a parar a manos de los monopolios citados. El capitalismo, en su etapa imperialista, conduce a formas sociales de la producción; arrastra, por decirlo, así, a pesar de ellos, a los capitalistas a un nuevo régimen social, transitorio entre la libre concurrencia y la socialización completa.

La producción se convierte en social, pero la apropiación continúa siendo particular. Los medios de producción siguen siendo propiedad privada de un número reducido de individuos. **El marco general de la libre concurrencia formalmente aceptada persiste, y el yugo del grupo poco numeroso de monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable.**

El economista alemán Kestner ha consagrado una obra especial a la "lucha entre los cartels y los patronos aislados", es decir, que no forman parte del cartel. El autor ha titulado dicha obra: **La organización obligada,** cuando hubiera debido hablar de "La subordinación obligada a las asociaciones monopolistas" si no se quería, naturalmente, "embellecer" al capitalismo. Es instructivo dar simplemente una ojeada aunque no sea más que a la enumeración de los medios a que acuden dichas asociaciones en la lucha moderna, novísima, civilizada por la "organización":

1. Privación de las materias primas... ("uno de los procedimientos más importantes para obligar a entrar en el cartel").

2. Privación de mano de obra, mediante "alianzas" (esto es, acuerdos entre los capitalistas y los sindicatos obreros para que estos últimos acepten trabajo solamente en las empresas cartelizadas).

3. Privación de transporte.

4. Privación de mercado.

5. Acuerdo con los compradores para sostener relacio-

nes comerciales únicamente con los establecimientos carteli-zados.

6. Disminución sistemática de los precios con objeto de arruinar a los establecimientos que no se someten a los monopolistas: gastan millones para vender, durante un tiempo determinado, a precios inferiores al coste (en la industria de la bencina se ha dado el caso de bajar el precio de 40 a 22 marcos, es decir, ¡casi del doble!).

7. Privación del crédito.

8. Declaración del boycot.

Nos hallamos en presencia, no ya de una lucha de concurrencia entre grandes y pequeñas empresas, entre establecimientos técnicamente atrasados y establecimientos de técnica avanzada. Nos hallamos ante la estrangulación por los monopolistas de todos aquéllos que no se someten al monopolio, a su yugo, a su arbitrariedad. He aquí cómo se refleja este proceso en la conciencia de un economista burgués:

"**Aún en el terreno de la actividad económica pura**—escribe Kestner—**se produce el paso de la actividad comercial en el sentido tradicional de la palabra a una actividad organizadora especulativa.** Consigue los mayores éxitos no el comerciante que, basándose en su experiencia técnica y comercial, sabe determinar mejor las necesidades del comprador, encontrar, y, por decirlo así, "descubrir" la demanda que se halla en estado latente, sino el genio especulativo (?) que sabe por anticipado tener en cuenta o prever el desenvolvimiento orgánico, las posibilidades de determinados lazos, entre las empresas y los bancos..."

Traducido al lenguaje vulgar, esto significa: **el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal que, aunque la producción de mercancías sigue "reinando" como antes y es considerada como la base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada y los beneficios principales están reservados a los "genios" de las combinaciones financieras. En la base de dichas combinaciones y truhanerías se hallan las formas sociales de la producción; pero el proceso gigantesco de la humanidad, que ha llegado a alcanzar dichas formas, recae en beneficio de los especuladores.** Más adelante veremos cómo, "basándose" en esto, la crítica pequeño-burguesa y reaccionaria del imperialismo capitalista sueña con un **retorno** a la concurrencia "libre", "pacífica", "honrada".

"La elevación prolongada de los precios, como resultado

de la constitución de los carteles—dice Kestner—hasta ahora se ha observado sólo en lo que se refiere a las ramas principales de la producción, particularmente en la hullera, del hierro, de la potasa y no se ha observado nunca en lo que se refiere a los artículos fabricados. Como consecuencia de ello, el aumento de los beneficios se ha limitado a la industria consagrada a los medios de producción. Hay que completar esta observación con la de que la industria que elabora materias primas (y no semi-fabricados) no sólo obtiene ventajas en forma de beneficios elevados como resultado de la constitución de carteles en perjuicio de la industria dedicada a la elaboración ulterior de los semi-fabricados, sino que ha pasado a ocupar con respecto a dicha industria una determinada posición dominante que no existía bajo la concurrencia libre."

"Las palabras subrayadas por nosotros muestran lo que hay de esencial en la cuestión, que de tan mala gana reconocen los economistas burgueses, y se empeñan en no ver los defensores actuales del oportunismo, con K. Kautsky al frente. La posición de dominación y la violencia, que es una consecuencia de la misma, he aquí lo típico en la "nueva etapa de desarrollo del capitalismo", he aquí lo que debía inevitablemente resultar y ha resultado de la constitución de monopolios económicos todopoderosos.

Daremos otro ejemplo. Allí donde es posible apoderarse de todas las fuentes de materias primas o de las más importantes, la aparición de carteles y la constitución de monopolios es particularmente fácil. Pero sería un error suponer que los monopolios no surgen en otras ramas de la producción en las cuales apoderarse de todas las fuentes de materias primas es imposible.

En la industria del cemento, la materia prima existe en todas partes. Sin embargo, esta industria está extremadamente cartelizada en Alemania. Las fábricas se han agrupado en sindicatos de región; de la Alemania del Sur, del Rhin y Westfalia, etc.; los precios establecidos son precios de monopolio: 230 a 280 marcos por vagón, cuando el valor de coste es de 180 marcos. Los establecimientos dan dividendos de 12 a 16%; además, no hay que olvidar que los "genios" de la especulación contemporánea saben canalizar hacia sus bolsillos grandes sumas de beneficios, aparte de las que se reparten en concepto de dividendo. **Para eliminar la con-**

currencia en una industria tan lucrativa, los monopolistas se valen incluso de artimañas; se hacen circular falsos rumores sobre la mala situación de la industria; se publican avisos anónimos en los periódicos: "¡Capitalistas! ¡No coloquéis vuestros capitales en la industria del cemento!"; en fin, se compran establecimientos que no forman parte de los sindicatos, se les pagan 60, 80, 150 mil marcos de "propina". El monopolio se abre camino en todas partes, valiéndose de todos los medios, empezando por el pago de una propina "modesta" y terminando con el procedimiento americano del empleo de la dinamita contra el concurrente.

La supresión de la crisis por los carteles es una fábula de los economistas burgueses, los cuales están dispuestos a "embellecer" al capitalismo a toda costa. Al revés, el monopolio que se crea en varias ramas de la industria, aumenta y agudiza el caos propio de todo el sistema de la producción capitalista; se acentúa todavía más la desproporción, característica general del capitalismo, en el desarrollo de la agricultura y de la industria. La situación privilegiada en que se halla la industria más cartelizada, es decir, la industria pesada, particularmente el hierro y la hulla, determina en las demás ramas de la industria "una ausencia todavía más aguda del plan", como lo reconoce Jeidels, autor de uno de los mejores trabajos sobre "las relaciones entre los grandes bancos alemanes y la industria."

"Cuanto más desarrollada está la economía nacional—escribe Liefmann, defensor acérrimo del capitalismo—tanto más se entrega a empresas arriesgadas o en el extranjero a empresas que exigen un tiempo prolongado para su desarrollo o, finalmente, a las que tienen sólo una importancia local."

El aumento del riesgo es consecuencia, al fin y al cabo, del aumento gigantesco del capital, el cual, por decirlo así, desborda el vaso y se vierte hacia el extranjero, etc. Y junto con ello, los progresos considerables y rápidos de la técnica traen aparejados consigo todavía más elementos de desproporción entre las distintas partes de la economía popular, caos, crisis. "Seguramente—se ve obligado a reconocer ese mismo Liefmann—la humanidad asistirá en un futuro próximo a nuevas y grandes revoluciones en el terreno de la técnica que harán sentir sus efectos sobre la organización de la economía popular..." (La electricidad, la navegación aérea...) "Habitualmente, y por regla general, en dichos pe-

ríodos de radicales transformaciones económicas se desarrolla una fuerte especulación . . ."

Las crisis de toda clase, y las crisis económicas más que otras, pero no sólo éstas, aumentan a su vez en proporciones enormes la tendencia a la concentración y al monopolio. He aquí unas palabras extraordinariamente instructivas de Jeidels, sobre la significación de la crisis de 1900, la cual, como sabemos, ha desempeñado un papel decisivo en la historia de los monopolios modernos:

"La crisis de 1900 se produjo en un momento en que, al lado de gigantescas empresas en las ramas principales de la industria, existían todavía muchos establecimientos con una organización anticuada si los juzgamos con el criterio actual, establecimientos "puros" (esto es, no combinados), que se habían elevado sobre las olas del período de prosperidad. La baja de los precios, la disminución de la demanda, llevaron a esas empresas "puras" a una situación calamitosa que no conocieron las empresas combinadas o que conocieron sólo durante un breve período. Como consecuencia de ello, la crisis de 1900 determinó en proporciones incomparablemente mayores qu la crisis de 1873 la concentración de la industria; esta última efectuó también una selección determinada de las mejores empresas, pero con el nivel de la técnica de aquel entonces dicha selección no podía conducir al monopolio de las empresas que habían conseguido salir victoriosamente de la crisis. Es precisamente de ese prolongado monopolio, y, además, en un grado elevado, que gozan las empresas gigantescas de la industria siderúrgica y eléctrica actuales, gracias a su técnica complicadísima, a su organización perfeccionada, a la potencia de su capital, y, en un grado menor, las empresas de construcción de máquinas, determinadas ramas de la industria metalúrgica, vías de comunicación, etc.

El monopolio es la última palabra de la "fase moderna del desarrollo del capitalismo". Pero nuestro concepto de la fuerza efectiva y de la significación de los monopolios contemporáneos sería en extremo insuficiente, incompleto, no respondería a la realidad, si no tomáramos en consideración el papel de los bancos."

Imp. "Carnet Social". — Morandé 636, Santiago.

"Editorial Problemas"

Los "CUADERNOS INTERNACIONALES" se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Sindicatos, y en diversos puestos de diarios. Aparecen los VIERNES

Precio único (0) centavos cada ejemplar.

Para referencias y suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2469, Santiago

En circulación:

No 1 "*Stalin y el Régimen Capitalista*", por Georges Valois. 2a ed.

No 2 "*La Querella de las Generaciones*", por Pierre Dominique

No 3 "*La Racionalización Marxista*", por Sammy Ronchin

No 4 "*El Sindicalismo de los Técnicos*", por Gaston Sauvebois.

No 5 "*El Plan Quinquenal y la Crisis Mundial*", por Roger Frain. 4a edición

No 6 "*La Quiebra del Fascismo*", por Victor Nagin. 3a edición.

No 7 "*El Plan Hoover y la Crisis Alemana*", por John Barbuil

No 8 "*El Oro y la Crisis Mundial*", por Jorge Bonfá

No 9 "*Las Masas y la Política*", por Lucien Romier

No 10 "*El Nuevo Estado y la Edificación Económica Rusa*" por J. Stalin

No 11 "*El Imperio de la India*" por Kshama Row.

No 12 "*Organización y Constructores de Rusia*", por Pierre Dominique

No 13 "*La Revolución China*", por Chen Fou Tcheu.

No 14 "*El Nacionalismo*", por Rudolf Rocker.

No 15 "*El Anti-Imperialismo Chino y el Comunismo*" por Chen Fou-tcheu.

No 16 "*La inflación y sus graves efectos económicos*" por Ernest Hantos.

Los Cuadernos Nos 2, 3, 4, 7, 8 y 9 agotados.

Los Cuadernos agotados, más los que estén por agotarse serán reimpresos.